

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XVIII —

CUERVO MARQUEZ EMILIO. (1873-1939). *Tierras Lejanas*.—Bogotá, Imprenta de "La Luz". Puente de San Francisco. 1905. 12 x 17. VII-380 págs.

Perteneció don Emilio Cuervo Márquez a una de las más notables familias colombianas, cuyos miembros se distinguieron, desde la fundación de la república, en las más nobles actividades humanas: la alta política, la cátedra universitaria, la milicia, la literatura, la historia, las ciencias naturales, la filología, etc.

Había nacido en Bogotá, el 13 de octubre de 1873. Es decir, que fue coetáneo de la brillantísima generación colombiana de "fin de siglo", que, como la española "del 98", sobresalió por haberle dado al país los más selectos ejemplares en el campo de la poesía y de las bellas artes, cuya influencia fue extraordinaria en el movimiento cultural de la nación.

Comerciante de profesión, como José Asunción Silva, su amigo del alma, cultivó también la literatura. Fundó revistas literarias, asistió a cenáculos intelectuales, incidentalmente tomó parte en la política y ocupó cargos administrativos y de representación popular, la alcaldía de Bogotá y la diputación a la Asamblea de Cundinamarca, entre otros. En los últimos años de su vida, se dedicó, con eficacia y decoro insuperables, a la diplomacia, sin interrumpir por ello sus labores de escritor. Murió trágicamente en París, envenenado por el gas, en su apartamento de la Rue de la Convention, N^o 223, el 15 de agosto de 1937.

Su primera obra, —única suya que no conocemos— la publicó a los 18 años, en 1891, con el título de *Estudio sobre el sistema evolucionista*, al decir de Laverde Amaya en el tomo I de su *Bibliografía Colombiana*. Su obra póstuma, *Introducción al estudio de la Filosofía de la Historia*, apareció en 1938, entre las publicaciones académicas en homenaje a la ciudad de Bogotá en el IV centenario de su fundación. Doce días antes de su muerte, Cuervo Márquez había donado los originales de esta obra a la Academia Colombiana de Historia, con la advertencia de que si se publicaba, no se hicieran modificaciones al texto original, si bien la academia podría hacer las anotaciones que estimare convenientes.

Otras obras de Cuervo Márquez, que vieron la luz en volumen, son las siguientes: *Phineás*, tragedia de los tiempos de Cristo, por el estilo de *Quo Vadis?* y de *Ben-Hur*, publicada por Ollendorff, de París, por allá, alrededor de 1912; *La Selva Oscura*, que, en realidad, está antecedida por dos novelas cortas, *Lili* y *La Ráfaga*, en el volumen publicado en Bogotá, sin fecha, pero probablemente en 1925 o 1926; y *Ensayos y Conferencias*, editado también en la capital de Colombia, el año de la muerte del autor, en 1937, y que Cuervo Márquez dedicó a la memoria de su madre. Un dato interesante: con *Lili* dio principio *La Novela Semanal*, magnífica revista, dirigida por Luis Enrique Osorio, cuyo primer número apareció en Bogotá el 15 de mayo de 1923. La revista alcanzó tres series, con un total de 78 números. No se ha repetido en el país esfuerzo cultural semejante. Las razones que expuso Osorio, en 1924, para la suspensión de *La Novela Semanal*, a nuestro parecer, subsisten aún, cuarenta años después de ella.

En enero de 1915, Cuervo Márquez fundó en Bogotá, en asocio de Alfredo Ramos Urdaneta, la *Revista Moderna*, magnífica publicación, de la que aparecieron 36 números, que forman cuatro gruesos tomos. El último vio la luz el 31 de diciembre de 1916. El primer escrito de Cuervo Márquez en su *Revista*, se refiere a asuntos políticos e internacionales, la presidencia de Concha, el asesinato de Uribe Uribe, el Tratado Colombo-Norteamericano, etc. El último, es una bella página literaria, *Dos Cartas*, hondo análisis psicológico, en torno al amor y la sensualidad, en el más pulido y repujado estilo literario que se escribía entonces en Colombia.

Tierras Lejanas es, para nuestro gusto, el más bello libro de viajes que se ha publicado hasta ahora, por autor colombiano. Sin olvidar que nuestra literatura los tiene tan hermosos como la *Peregrinación de Alpha*, de Ancízar; *De Bogotá al Atlántico*, de Pérez Triana y *En el país de los Dioses*, de Cornelio Hispano, para solo citar tres de los más característicos.

El libro, precedido de una linda dedicatoria a la señorita Laura Calvo, se compone de 17 capítulos que son como otros tantos cuadros maravillosos de viaje, de cada uno de los cuales destácase un motivo primordial, así: El Mar, El Bosque, El Campanario, Los palomos de Venecia, Monte Carlo, La Cartuja de Nápoles, En Suiza, Las Catacumbas, A la Plaza, Florencia, El Cairo, En las Pirámides, Guizeh, Las Tumbas de los Kalifas, El Narghileh, Ghezireh, El Canal de Suez.

La narración del viaje es obra de un poeta, de un prodigioso colorista, capaz de embellecer con su fantasía los lugares de ensueño y encantamiento que iban desfilando bajo sus ojos. La evocación histórica, el recuerdo artístico, el comentario psicológico, la pincelada oportuna para destacar los contrastes, y todo esto con el más noble lenguaje y el estilo más armonioso, surgen, aquí y allá, en las páginas de este libro. Nada de referencias bursátiles, de guarismos fiscales, de estadísticas agropecuarias, tan comunes en otros libros de viajes, escritos con criterio de mercader. Cuervo Márquez, sin salirse de la realidad del mundo, nos da de él una visión verdadera, pero observada a través del cerebro de un

pensador y con la sensibilidad de un artista, expertísimo en el manejo del idioma. Factores estos determinantes para darle perennidad a la obra. En la dedicatoria a Laura Calvo, confiésale el autor: "En las páginas siguientes he vertido gota a gota mis ideas más secretas y mis más reservadas ambiciones: aquellas que por lo irrealizables a nadie se confían. Ideas nacidas de un juego de luz en un paisaje, de una sombra de mujer que pasa entre las celosías de un ajimez incrustado de azulejos, de una música que se desbarata en la calle desierta, de una mirada, de un sonido. Buena parte de las sensaciones almacenadas en tres años de vida errante yacen aquí estampadas, como si hubiese alcanzado a fijar las viñetas fugaces del libro interior que los hombres no escriben..." (v-vi).

En otra parte de la dedicatoria, la nota íntima, personal, afectiva, se insinúa con discreta sencillez: "Señora: nunca quizá volveré a ver a usted; y aun dado el caso de que lo porvenir me reserve tan grata sorpresa, ni usted ni yo seremos lo que fuimos: el tiempo modifica las ideas como el golpear del agua el perfil de las rocas marinas. Conozco viejos que conservan con cariño su fotografía, la de lo que fueron en los tiempos brillantes de su juventud; sea este libro la representación de lo que somos, ya que el otoño se aproxima: con él caerán una a una las hojas de los árboles y los pétalos de las flores. Que estas páginas, que ambos hemos vivido, sean el luminoso Oriente a donde, como las golondrinas, emigramos más tarde, cuando los campos se cubran de nieve y de tristeza los corazones..." (vi).

Es curioso advertir que en su novela corta, *Lili*, escrita unos veinte años después de la dedicatoria de *Tierras Lejanas*, el autor hubiese transcrito, casi literalmente, parte de ésta, en el *Libro de Horas* que el protagonista de la novela, Alfonso Villar, envía desde Europa a su dulce amiga lejana: "::Quiera la suerte que la buena y hermosa Lili encuentre en las siguientes páginas un eco de lo que fuimos ayer, en Aguasbuenas; de lo que somos hoy, cuando para ella empieza la aurora y para mí el ocaso, y de lo que seremos mañana, cuando nuestros campos se cubran de nieve y de tristeza nuestros corazones..." (*La Selva Oscura*. Pág. 15).

Y es interesante recordar también que aquel *Libro de Horas* de la ficción novelesca, de Alfonso Villar, que se suicidaría luego en un hotel de Niza, "unos suponen que debido a pérdidas en Monte Carlo; otros, que dicen saberlo, a que abandonado por una actriz española", como se lee en la novela, (p. 16), figura en la realidad, como obra "en preparación" de Cuervo Márquez en la contraportada de *La Selva Oscura*, editada por Cromos, de Bogotá, entre 1924 y 1925. Nunca se publicó, que sepamos, el tal *Libro de Horas*, de Cuervo Márquez, como tampoco vieron la luz sus *Estudios Críticos*, anunciados a principios del siglo, en la tercera edición de *Tierras Lejanas* (1905), y en los que desarrollaría temas tan interesantes como los relacionados con Guy de Maupassant, Edgar Allan Poe, Gustavo Adolfo Bécquer y Henry Heine.

Pero aquellos detalles, y otros de que no hacemos expreso mérito aquí, nos indican muy claramente no solo la profunda compenetración del autor con sus propias obras, sino también que las tres novelas de *La Selva Oscura* tienen un gran fondo autobiográfico.

En el Capítulo II de *Lili* hay un retrato del protagonista, que se confunde con el del propio autor, en todos sus detalles: "Distinguido, apuesto, de gran familia, producía rara vez y por mero deporte verdaderas joyas literarias que le habían conquistado una reputación artística de primer orden, de la cual él tenía el buen tono de sonreír irónicamente. Su reserva era la de un hombre de mundo, y nadie jamás supo si fueran verdaderas o falsas las historias que en un tiempo recorrieron los salones a propósito de sus fortunas amorosas. Bajo la máscara de aparente insustancialidad, él ocultaba un fondo de verdadera tristeza, producida por el conocimiento de los hombres y de las cosas. Habiendo sentido y saboreado todo, o casi todo, de cuanto en su programa macabro pueda dar la kermesse de la vida; convencido, a los treinta años, de que el matrimonio, si no error o delito, es complicación innecesaria para quien necesita mezclar su vino con unas pocas gotas de melancolía, suprimió de su presupuesto interior la partida destinada para satisfacer vanidades de joven disponible, y redujo su horizonte visual al cultivo de sus libros, de dos o tres placeres indeterminados, y de unos pocos amigos íntimos...". (Pág. 7).

Y, como si esto fuera poco, estas otras referencias de Juan Villar, el hermano de Alfonso, el del *Libro de Horas*, que también le vienen a Cuervo Márquez como anillo al dedo: "Juan Villar pertenecía a una familia formada, desde hace medio siglo, por elementos heterogéneos de sangre, que produjeron, al fundirse, una raza de hombres de brillante imaginación y de sensibilidad exaltada, cuya energía en algunos se dirigió en el sentido de la política y de los negocios, en otros al cultivo tenaz de la literatura y del arte. Por las venas de Juan corría la sangre de aquel ilustre cantor de la independencia americana, cuyo nombre figura en las antologías al lado de los de Olmedo y Heredia. Otro de sus abuelos fue iniciador de empresas ferroviarias que contribuyeron en primer término al desarrollo comercial del país..." (*La Ráfaga*. Pág. 34).

Como varios de los personajes de sus novelas, con algunos de los cuales se identifica, Cuervo Márquez tenía la obsesión de la muerte, en el sentido pagano de eterna paz e infinita dulcedumbre, por eso mismo ambicionada.

Narrando su excursión por las sinuosas galerías de las pirámides egipcias, sobre la boca de un pozo insondable, a cuyo fondo invisible los guías beduinos arrojaban piedras para estimular la temerosa admiración de los turistas, Cuervo Márquez dice: "... sentí la necesidad de tirarme al fondo, y concluir para siempre... recuerdo la nitidez de mis pensamientos en esos instantes: el fascinador descanso eterno en el corazón de la gigantesca mole, sin las agonías de la muerte; en el Hotel Continental se pensaría que había partido nuevamente para Europa, pues mis guías, por temor de verse complicados en un proceso y colgados en seguida, guardarían silencio sobre lo ocurrido: en el Cairo no tenía relaciones, y aun mis amigos de París no conocían con precisión mi itinerario de viaje; mi familia, en América, primeramente creería que había seguido con rumbo hacia país exótico y lejano; luego, cuando los años pasaran, en el nido de águila de la villa natal, mi desaparición se narraría como leyenda misteriosa. Y entretanto, diluido en la madre naturaleza, insensible a los dolores de la vida y a las mezquinas alegrías terrestres, sin que

se profanase mi sepulcro con epitafios y coronas fúnebres compradas con descuento en un almacén de *bric-à-brac*, mi cadáver se convertiría en puñado de polvo que manos sacrílegas no arrojarían al viento...". (Págs. 269-270).

Y en otro capítulo, en el que el viajero cuenta sus experiencias por Ghezireh, en las riberas del Nilo, reflexiona de este modo: "... el olvido, como la muerte, en su significado de desaparición eterna, conserva algo de profundamente consolador y suave... ¡La muerte!... Despojémosla del lúgubre manto de duelo con que la nueva creencia cubrió su desnudez de estatua, y variará por completo el panorama de la vida... Si para la humanidad moderna la muerte es el castigo, para la antigua era el descanso. Cuando llegue la hora de nuestro fin —dice Marco Aurelio— retirémonos apacible y suavemente, como higo maduro que al caer bendijera la tierra que lo recibirá y el árbol que lo ha alimentado...". (Págs. 339-340).

Javier Arango Ferrer, espíritu cultísimo y verdadero crítico literario, dueño de poderosa ilustración y de exquisito gusto estético, en un artículo publicado en este *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Vol. IV N^o 9), acerca de *La Novela Modernista en Colombia*, hace votos porque "en todo caso, salga Emilio Cuervo Márquez de su olvido para ocupar el lugar que le corresponde entre los mejores novelistas colombianos". (Pág. 806). Aspiración de justicia a todas luces. Solo que habría que advertir que no únicamente en la novela alcanzó Cuervo Márquez la perfección artística que Arango Ferrer le reconoce, sino también en este libro de viajes, *Tierras Lejanas*, inexplicablemente olvidado ahora, a pesar de haber logrado, en sus días, varias ediciones, por lo que constituye ya una verdadera rareza bibliográfica.